12
3
6
9
12
3
6
9

Biobío

Cuna de la libertad

Documento preparado para la inauguración de la oficina en Concepción de la Fundación para el Progreso, realizada en noviembre de 2017.

Las opiniones expresadas en el presente documento son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan las de la Fundación para el Progreso, ni las de su Directorio, *Senior Fellows* u otros miembros.

Cuando se piensa en Chile, desde lejanas latitudes, de inmediato se le asocia con su condición volcánica y los frecuentes terremotos que asolan su territorio. Es una vinculación lamentable, pero no equivocada, pues pocos países en el planeta sufren con tal frecuencia y violencia estas manifestaciones de la naturaleza. Situado en el Cinturón de Fuego del Pacífico y flanqueado por ese inmenso océano y la Cordillera de los Andes, su ubicación no podría ser más propicia para sufrir estas desgracias. La subducción de la Placa de Nazca frente a las costas americanas provoca frecuentes sismos. Con no menos de 2.000 volcanes en territorio chileno, de los cuales sesenta han entrado en un ciclo eruptivo en los últimos 450 años, Chile tiene la segunda y mayor cadena volcánica de la Tierra.

La zona centro-sur de Chile, de la cual Concepción hace cabeza, con sus propias costas y volcanes, ha sido un escenario especialmente frecuente de estos graves fenómenos. Como ha sido una zona de abundante población, desde mucho antes de la ocupación hispana, ésta ha sufrido sus estragos. Al punto que terremotos y diluvios se asocian a los mitos de nuestros pueblos originarios.[1] El estudio de estos fenómenos, en su dimensión humana, la aborda la historia.[2] Interesa la manera en que afectan las poblaciones humanas; los costos económicos de la reconstrucción, las comunicaciones, el paisaje y las ciudades.

La destrucción urbana es, sin duda, la evidencia más terrible de los descalabros naturales. En las ciudades más importantes, como era el Concepción de Penco, se perdieron elementos de arquitectura neoclásica o colonial, que acompañaban la vida pública: los palacios y los templos, los teatros y los edificios de gobierno. Recordemos que la ciudad fue fundada por Pedro de Valdivia a orillas del mar, en el sitio de la actual ciudad de Penco, en 1550, desde el cual, luego de varios cataclismos, fue trasladada tierra adentro, al Valle de la Mocha, donde actualmente se sitúa la metrópolis del sur.

Conozcamos los efectos, en esta ciudad, del gran terremoto y maremoto de 8 de julio de 1730:

> «Cayó todo el convento de San Francisco menos la iglesia, que quedó tan maltratada, que será forzoso derribarla. El de San Agustín cayó tan del todo, que solo se pudo sacar, con gran peligro, el santísimo sacramento. La iglesia y hospital San Juan de Dios, se arruinó (al igual que), cayendo a plomo, el palacio de los gobernadores».[3]

En aquella ocasión se destruyeron dos tercios de las principales casas y edificios de esta ciudad, con los graneros, las bodegas y tiendas de mercaderes. Pero en cada evento mayor se perdió algo más que edificios notables o casonas coloniales. Desaparecían también, entre los escombros, las viejas formas de vida: las calles estrechas, la vida pueblerina, los resabios del mundo indiano y aún las singularidades étnicas.

Los terremotos coloniales fueron recogidos en los textos de los cronistas, obrando a veces como testigos presenciales. Fue el caso del jesuita Felipe Gómez de Vidaurre, quien se declara «testigo ocular» del terremoto de mayo de 1751, que «arruinó enteramente la Concepción, no quedando en ella edificio alguno, que pudiese servir a su dueño: impelió el mar contra ella, que la bañó enteramente por tres veces, y sacando cuanto precioso tena, la dejó (convertida) una de las mas [sic] pobres poblaciones del Reino» [4].

El evento colonial de Concepción mejor estudiado, por su parte, es el gran terremoto y maremoto de 1751. Lo anterior es consecuencia de los debates e informes a que dio origen la decisión de trasladar la ciudad a su actual emplazamiento, la que tomara catorce años en concretarse.

El terremoto de febrero de 2010, por su parte, dio lugar y sigue generando una amplísima bibliografía. Es consecuencia, creemos, de la necesidad de relatar eventos traumáticos e intervenciones relevantes, ya sea para dar-

les sentido o fijar la memoria, en una época de más facilidades y medios para la publicación.

La historia de Concepción está marcada por el signo del cataclismo y la reconstrucción. Durante sus cuatro siglos ha sufrido muchos sismos. Si hubiera que indicar solo los principales en razón de su intensidad destructiva, el número se reduciría a ocho. Cuatro en tiempos coloniales (1570, 1657, 1730 y 1751) y cuatro durante los dos últimos siglos de Chile soberano: 1835, 1939, 1960 y 2010. Nuestro objetivo es caracterizarlos como fenómeno modelador de la historia local.

Durante sus primeros dos siglos de vida, en Penco junto al mar, en varias ocasiones los terremotos derribaron con igual facilidad y violencia edificios de piedra y casas de adobe. Los relatos de los cronistas hablan de caballos nadando en la plaza, peces en los conventos, aguas azufrosas saliendo de la tierra y aún un volcán submarino arrojando su chorro furioso e hirviente frente a la costa.

Así, un terremoto y salida de mar asoló la ciudad el 15 de marzo de 1657, provocando su total ruina y obligando a los vecinos a guarecerse en las lomas vecinas. Por la escasa población urbana, la reacción inmediata y la experiencia acumulada, las víctimas mortales parecen haber sido poco numerosas; los recuentos hablan de unos cuarenta muertos. La violencia fue tal, cuenta el Padre Diego de Rosales, que al convento de San Agustín «le sobrepujaron las aguas y echaron de la otra banda un barco por encima del texado, que quedó allí después en una laguna».[5]

El fiscal de la Real Audiencia, Dr. Alonso de Solórzano y Velasco, dirigió un informe al Rey sobre el estado del país.[6] En éste se proponía el despoblamiento de la ciudad de Concepción y su transformación en una guarnición militar de 200 soldados. Sus habitantes junto a los de Chillán, serían trasladados a orillas del Maule, en Duao, acomodándolos en tierras fértiles para su sustento. El traslado de la ciudad no se realizó por la tenaz

resistencia de los vecinos, que insistían en la reconstrucción en el mismo lugar, y por la perseverancia del gobernador Pedro Porter Casanate.

Para agravar la situación, se produjo un levantamiento indígena. Con exiguos recursos recibidos de Santiago y de Lima, el gobernador fue capaz de restablecer la calma entre los ríos Maule y Biobío. Los fuertes arruinados a raíz del alzamiento indígena fueron reconstruidos y repoblados.

El terremoto del 8 de julio de 1730 fue de los más graves. Tuvo una magnitud superior a 8,5. Según el padre Diego de Olivares, la salida del mar arruinó más de 200 casas, inundando el plano y la plaza. Los vecinos vieron que «el mar había perdido sus orillas, y que en medio de este mar nadaban sus haciendas de ropa y cuánto tenían en sus casas, y aun las mismas casas, porque las que eran ranchos de madera de algunos pobres, las arrancó el agua y se las llevó, verdaderamente que sería un espectáculo éste que quebraría los corazones más duros».[7] El mar se llevó los documentos notariales y los archivos parroquiales y, con ello, la historia de las familias y la propiedad raíz. Fue una tragedia enorme, pero pasarían apenas veinte años para que se repitiera.

Fue el terremoto del 25 de mayo de 1751. Su enorme fuerza redujo la ciudad a escombros y el mar la bañó varias veces. Fueron destruidos los conventos de Santo Domingo, San Agustín, La Merced, el Hospital de San Juan de Dios. El Seminario y Convictorio, el monasterio de las Monjas Trinitarias, amén de muchas otras edificaciones particulares.

La ciudad perdida era notable. El historiador y arquitecto Gabriel Guarda, en su obra *La Ciudad Chilena del siglo XVIII*, la pondera con estas palabras: «el gran maremoto de 1751, no sólo privó a sus habitantes de una ciudad que añorarían con nostalgia, sino al país de un conjunto urbano insustituible, dada la jerarquía de la urbe y lo original de su desenvolvimiento como sede periódica de los Capitanes Generales y definitiva de los Obispos de la Imperial».[8]

La nueva ciudad se levantó en el Valle de la Mocha. Este debe su nombre a una circunstancia curiosa. Por orden del Gobernador José de Garro debía despoblarse la isla Mocha, para que sus habitantes no siguieran asistiendo a los corsarios ingleses y holandeses, enemigos de la Corona española.[9] Unas quinientas familias mapuches isleñas fueron trasladadas, en 1685, de manera forzosa a la misión jesuita de San José, ubicada en el actual barrio Pedro de Valdivia. Su presencia en el valle le dio el nombre que mantenía cuando se acordó el traslado desde Penco de la ciudad de Concepción, en 1751, y que mantiene todavía: el Valle de la Mocha.

La ciudad fue trazada con las providencias para minimizar los daños personales, en caso de futuros movimientos telúricos. Dice el cronista penquista Gómez de Vidaurre que:

> «Por esto las calles son anchas, de modo que cayendo a tierra los edificios de ambas partes, dejan siempre lugar libre para aquellos que por vivir en cuartos de la calle, tengan ésta en que salvarse de las ruinas. Las casas son solo de un piso, y en bajo, y así es mayor el espacio que deben dejar. Dentro de ellas tienen grandes patios, jardines y huertos, donde los que las habitan en su interior se refujian [sic] sin temor de las ruinas. Los acomodados tienen o en sus jardines o huertas preparadas barracas para dormir quietamente y sin la incomodidad de salir desnudos al aire o al agua, cuando ellos sobrevienen de noche».[10]

El cataclismo, junto a la coyuntural tragedia, tuvo consecuencias duraderas para Concepción. Desde luego el traslado de la ciudad a un nuevo emplazamiento, alejado del mar y los cambios señalados en el urbanismo y las construcciones, para enfrentar posibles o más bien probables sismos futuros. La nueva ciudad se estructuró, en efecto, como un plano de damero, con calles lineales, manzanas cortadas en ángulo recto y la Plaza de Armas situada al centro del mismo.

Más allá de la ruina y la destrucción, socialmente fue un evento desgarrador, que implicó un corte que divide la historia penquista en dos partes. Atrás queda la ciudad colonial, con su grandeza urbana y su historia violenta, como cabeza de la penetración hispana en el antiguo Arauco. Con la elevación del fondo marino, desaparece el puerto de Penco y su condición marítima, que le había dado una impronta particular. Al Valle de la Mocha llega Concepción a vivir una nueva etapa.

Las largas vacilaciones y contingencias propias del traslado, que se prolongaron catorce años, hasta 1764, provocaron un rezago frente al centro económico y político que representaba Santiago, la capital del Reino. El terremoto, además, como los anteriores y los que le siguieron, motivaron el éxodo de numerosas familias, cuya partida empobreció el tejido social de la vieja ciudad. Al rezago económico y las migraciones, se suma la pérdida de memoria. Bajo el mar quedaron los archivos parroquiales y los papeles públicos y privados. Los elementos que dan sustento a la continuidad histórica de una comunidad. La memoria de muchos sucesos y de sus protagonistas se perdió para siempre.

El evento de mayor destrucción de todo el siglo XIX fue el gran terremoto de 20 de febrero de 1835, conocido como «La Ruina». Tuvo una intensidad superior a ocho grados y asoló la región comprendida entre Talca y Los Ángeles. El maremoto que le siguió alcanzó una cota máxima de inundación de 15 metros, el más alto de todos los cercanos a la bahía de Concepción. Habría producido un total de 50 muertos y 30 desaparecidos, solo en la ciudad y su entorno. El intendente interino de la provincia, coronel Ramón Boza, informaba al presidente Joaquín Prieto Vial, sobre los estragos y el ánimo que provocara:

> «A las once y media del día un terremoto ha concluido con esta población. No hay un templo, una casa pública, una particular, un solo cuarto; todo ha concluido; la ruina es completa. El horror ha sido espantoso. No hay esperanzas de Concepción. Las familias andan errantes y fugitivas; no hay albergue seguro que las esconda; todo

> ha concluido; nuestro siglo no ha visto una ruina tan excesiva y tan completa».[11]

La magnitud del evento fue catastrófica. Las olas cubrieron varias veces la localidad de Talcahuano y barrieron toda la costa. Parecía que la ciudad no volvería a levantarse; fue la opinión de Charles Darwin, que la visitó en los días siguientes. El carácter humano —y penquista—, por fortuna, era menos conocido que el mundo natural para el sabio inglés. En los cuarenta años siguientes, de la mano del desarrollo triguero, se levantó una ciudad de grandes edificios neoclásicos, como la Catedral del Obispo Hipólito Salas, la Intendencia, la Estación de Ferrocarriles, los Tribunales, el Teatro Concepción y, comenzando el siglo XX, el Liceo de Hombres de Concepción.[12] El artífice de esta transformación urbanística fue el Director de Obras Municipales Pascual Binimelis y Andrade. A él se debe la fuente de la Plaza Independencia, con la efigie de la diosa Ceres y cuatro tritones, el único elemento que sobrevive de aquel «renacimiento» neoclásico.

Comenzando el siglo pasado, Concepción era una ciudad de casas de un piso, de grandes habitaciones con tres patios, al estilo tradicional chileno. Había también algunas bellas mansiones de dos plantas, las más centrales con locales comerciales en el piso inferior. Insalubres conventillos rodeaban el núcleo central hacia el río, el sector del pajonal y el poniente. Se fueron elevando grandes iglesias, como la Merced, San Agustín, Las Sacramentinas o el convento de Las Trinitarias. Notables edificios públicos, como el municipio, de estilo *beaux-arts* francés, el Liceo de Hombres y el Portal Cruz, enorgullecían a la ciudad. Ésta presentaba, al decir de Fernando Campos, un aspecto «si no monumental, por lo menos armonioso y tranquilo con cierta placidez colonial».[13]

Todo cambiará para siempre, en menos de tres minutos, en la fatídica noche del 24 de enero de 1939. Cerca de las 23:24 horas, cuando la mayoría de

los habitantes dormía en sus casas, la tierra tembló horriblemente, dejando la ciudad sumida en un caos. Tres cuartos de las casas quedaron destruidas o dañadas gravemente y más de diez mil personas murieron esa noche o en los días siguientes. El terremoto asoló cerca de un centenar de pueblos del sur del país, en especial en Ñuble, Maule y Concepción.

La ciudad quedó en ruinas, en especial las antiguas construcciones céntricas de adobe y ladrillo. Cayeron iglesias y portales, mansiones y casas sencillas. Según Oliver y Zapatta, de unas 15.000 casas censadas antes del terremoto, un 80% quedó destruido.[14] Quedaron severamente dañados o se destruyeron el Hospital San Juan de Dios, el edificio de Las Trinitarias, el Club Concepción, la Casa Hucke, el Banco Alemán y grandes casas comerciales, como Willamson Balfour, Duncan Fox, Gildemeister y Cía. y Saavedra Benard, entre muchas otras. La gran Catedral, a la que se le agregaron dos torres neoclásicas para el Centenario, debió ser demolida. La imagen de las torres siendo derribadas por la dinamita, simboliza la desaparición del Concepción neoclásico y postcolonial.[15]

Como en otras ocasiones, la ciudad resurgiría de sus ruinas. El Presidente Pedro Aguirre Cerda visita a los pocos días Concepción y Chillán y se compromete con su reconstrucción. A los pocos meses se crea la Corporación de Reconstrucción y Auxilio y, con participación de muchas instituciones, se estudia un nuevo plano regulador. A éste debería sujetarse a futuro el urbanismo y la edificación en la ciudad.

A pesar de las enormes dificultades iniciales, en especial la carencia de materiales y obreros calificados, se levantó una ciudad moderna, de anchas avenidas y fachadas continuas. Una nueva Estación de Ferrocarriles, de corte modernista, reemplazó la destruida en el terremoto; lo mismo ocurrió con el Mercado, el Hospital Clínico o el Palacio de los Tribunales. Son todos edificios importantes, con valor patrimonial, que contribuyen a darle a Concepción un carácter modernista, que debe valorarse y preservarse. El legado más visible del gran terremoto fue la construcción de la Diagonal Pedro Aguirre Cerda. Esta conecta a la Universidad de Concepción, la más antigua e importante del sur del país, fundada en 1919, con el centro

de la ciudad y, a través de calle Barros Arana, finalmente con el río Biobío, que le da identidad a Concepción y relaciona su pasado y su futuro.

El uso masivo del concreto armado, de fierros y cadenas, permitió que la ciudad soportara relativamente bien los terremotos de 1960, que asolaron Valdivia y el sur de Chile. Cayó el «Puente Viejo», se destruyó el Teatro, el Seminario y el Palacio Consistorial, pero la ciudad siguió en pie. En esta ocasión el mar no se salió más que levemente, pero muchos vecinos, desoyendo la advertencia de bomberos, igualmente arrancaron hacia los cerros.

Por entonces, el ritmo de vida era el de una típica ciudad provinciana. La entretención la ofrecían las funciones de los cines Cervantes, Roxy, Central, Lux, Astor, Windsor, y Rex, entre otros, junto con restaurantes, como El Quijote, que deleitaban a los penquistas con recitales de buen nivel. En vísperas de las celebraciones del 21 de Mayo, se desencadenó la catástrofe.

En el centro de la ciudad, el Teatro Concepción sufrió importantes daños, lo que provocó que al cabo de un tiempo fuera demolido. Algo similar ocurrió con el teatro del Liceo Enrique Molina de Concepción, el que hasta hoy se encuentra en ruinas, como un testimonio vivo de la catástrofe. El puente carretero sobre el Biobío se cortó, dejando aisladas, desde Concepción, a las comunas de la provincia de Arauco y la comunicación sólo podría efectuarse a través del puente ferroviario, luego que se efectuara la revisión y posterior reparación de las vías férreas que resultaron dañadas.[16]

Del punto de vista social, se vivió una situación de relativa calma, extraña para las circunstancias. Tampoco la delincuencia parece haber sido un problema. «La población se ha portado bien...no ha habido robos. Sólo una rueda de un camión desapareció y alguien trató de romper las vitrinas de la jojería [sic] "Marisio", de calle Freire con Caupolicán. Pero no hubo robos de consideración, como esperábamos que ocurriera con el trastorno». Así opinaba Luis Gómez, el prefecto de Concepción.[17]

A pesar de la magnitud e intensidad del terremoto, sus daños ya no son comparables a los de eventos previos. La ciudad se había modernizado, se

construía con mejores técnicas, ya no solo con piedra o ladrillo. Después de 1939 la ciudad se había reconfigurado bajo el sello del modernismo, de lo cual daban cuenta nuevos ejes viales y edificios emblemáticos. Casas amarradas en fachada continua, reforzadas con cadenas y sin decoraciones innecesarias aseguraban una mejor resistencia a futuros eventos.[18] Los terremotos de 1960 solo reforzaron aquel camino urbano.

La modernización se reflejaba también en el auge industrial, ya iniciado antes del siglo con molinos, textiles y maestranzas, e intensificado con la construcción de la siderúrgica de Huachipato. Las empresas y poblaciones industriales que surgieron bajo su alero reforzaron la vocación progresista de Concepción. Lo mismo hizo la Universidad de Concepción, que ya en la década de los 30 había levantado los primeros edificios siguiendo las directrices de la escuela moderna. Fueron las Facultades de Biología, Farmacia o Ciencias Jurídicas. El sello moderno se consolidó con la erección del Campanil, en 1943, hoy símbolo de la ciudad y la región entera y luego del Arco de Medicina, completado en 1954, como acceso monumental del campus universitario. Fueron un modelo de arquitectura moderna, pero también de una tecnología resistente, que marcó con su impronta la reconstrucción de la ciudad.

Nos atrevemos a ir más allá y afirmar que el apego a «lo moderno» pasó a ser también una actitud en Concepción. Orgullosa de su industria y su Universidad, destruida su conexión material con el pasado colonial, la ciudad veía en el progreso, la modernización y el futurismo el camino para su desarrollo. Modernistas fueron todos los monumentos que se levantaron para el Cuarto Centenario de Concepción, celebrado en 1950. Industrias, chimeneas y el campanil, no conquistadores españoles o heroicos araucanos, fueron los íconos que acompañaron dicha fiesta.

Cuando los sismos del 60 debilitaron viejas estructuras, mas sin derribarlas, el sesgo modernizador dio otro paso, arrasando con edificios que podían salvarse y que hoy consideraríamos patrimoniales. Así, el Palacio Consistorial, ubicado frente a la Plaza Independencia, recién cae en 1966; el Teatro Concepción, semi-abandonado, es demolido luego de un incen-

dio en 1973. Algo similar puede decirse del Liceo de Hombres «Enrique Molina», parcialmente dañado por el terremoto y demolido innecesariamente por decisión humana y no por la acción de la naturaleza. Esta vez, además, pocos invocaron a los cielos para pedir perdón o clemencia; y menos para explicarse los eventos. De manera que estos terremotos solo profundizaron una transformación espiritual y material que ya estaba en marcha.

En el medio siglo transcurrido desde 1960 hasta el terremoto de febrero de 2010, la ciudad de Concepción había experimentado grandes cambios. Con la expansión de la mancha urbana y el surgimiento de nuevas comunas, se fue transformando en una metrópolis, el Gran Concepción. Lo anterior implicaba progresos en términos de conectividad y servicios disponibles, pero también la ocupación de suelos pocos aptos para la construcción y la pérdida de espacios naturales, entre otros resultados no deseables. La ciudad se había ido densificando y ganando altura, a pesar de la tradicional desconfianza hacia sus suelos y el recuerdo de los pasados terremotos.

El potente sismo de 8,8º grados que asoló en la madrugada del 27 de febrero a la región, seguido de cuatro grandes olas, provocó enormes daños en las edificaciones y en el borde costero, cambios en el relieve y, curiosamente más que en ocasiones previas, consecuencias sociales imprevistas.

La percepción de destrucción fue agravada por la imagen recurrente, que recorrió el mundo, de la caída del edificio «Alto Río». Pero más bien fue la excepción. Solo siete inmuebles de altura, de unos mil que existen en la ciudad, fueron dañados de manera irreparable; y todos, salvo el señalado, cumplieron la expectativa de salvar la vida de sus ocupantes. En general, con el terremoto se dañó lo mal construido, las antiguas edificaciones todavía en pie o lo construido en lugares inadecuados. Aun cuando el suelo limoso mostró su vulnerabilidad, los mapas de riesgo de inundaciones y de fallas no funcionaron como predictores adecuados. Nos recordaron, así, que siempre habrá incertidumbre en un evento de gran magnitud. Salvo algunos incendios, muros caídos y calles levantadas, en general la ciudad resistió bien.

La mayor tragedia para nuestra zona estuvo representada por la salida del mar, en toda la costa, desde el epicentro en Cobquecura hasta Tirúa,

en el extremo sur de la Región del Biobío. En sectores con bahías cerradas, como Dichato, Talcahuano o Llico el mar entró de forma muy destructiva, arrasando las calles, el puerto y los cultivos marinos.

La reconstrucción se enfrentó con rapidez y decisión, si bien siempre hay elementos dañados que persisten por años. Junto con la recuperación de las casas y la operatividad de puertos y caletas, se trabajó en nuevos mecanismos de mitigación costera. Lo más notable fue la recuperación de la Base Naval de Talcahuano, con todos sus servicios, edificaciones y embarcaciones dañadas por el maremoto.[19] Muchas empresas e instituciones privadas emprendieron su propio camino de saneamiento material y espiritual. Se ha avanzado en prevención y educación ciudadana, de manera que futuros eventos nos encuentren mejor preparados.

Lo más lamentable, en todo caso, junto con la pérdida de vidas humanas, del llamado «27 F», es el llamado «terremoto social». Nos referimos al saqueo de propiedades públicas y comercios, que tuvo lugar en Concepción, Talcahuano y otras localidades tan pronto concluyó el movimiento telúrico. La inadecuada reacción de las autoridades, que dieron señales equívocas sobre la inminencia del tsunami y que declararon el Estado de Catástrofe de manera muy tardía, contribuyó a agravar los daños personales y los efectos antisociales del fenómeno. Estas conductas dieron lugar a un debate que convocó a juristas, sociólogos y otros cientistas sociales. Es también un aspecto a prevenir y mejorar frente a futuras contingencias.

Varias generaciones de penquistas han debido soportar un evento catastrófico y asumir la tarea de la reconstrucción; por eso Concepción es llamada la ciudad de las siete catedrales. Es indudable que los terremotos y salidas de mar han impactado a nuestra ciudad, en formas que exceden los meros cambios físicos. La historia enseña que la ciudad ha pagado un alto precio por su condición sísmica, en vidas humanas y bienes materiales, en el momento inicial; en términos de emigración, patrimonio histórico y desarrollo económico, en el largo plazo. Estas tragedias naturales, sumadas a la guerra con los indígenas de otrora y a varias revoluciones

republicanas, han contribuido a modelar el desarrollo geocultural de la región de Concepción, así como el carácter de los penquistas.

Con los avances científicos y tecnológicos ha aumentado nuestro conocimiento sobre estos eventos naturales, de forma de poder prevenir sus efectos más destructivos. Pero la historia y las ciencias sociales también muestran que el progreso tecnológico no siempre va aparejado de la elevación moral de los habitantes; en términos de asumir estos eventos con solidaridad, espíritu cívico y una conducta eficaz ante la emergencia. Es necesario avanzar, en consecuencia, en diversos campos; en las técnicas constructivas, pero también en la educación cívica y la prevención.

Si los terremotos son parte de nuestra identidad como penquistas, aprendamos, pues, de las experiencias del pasado. Cuidemos la memoria de una ciudad, que ya se acerca al medio milenio de existencia; y también promovamos una buena convivencia. Con la solidez de estas raíces, ningún terremoto podrá apartarnos de nuestro camino de progreso y desarrollo.

Sin lugar a dudas que el concepto de ciudad universitaria es una de las expresiones más recurrentes y que indentifica a la capital del Bío Bío. Emplazada en un entorno de áreas verdes y lagunas, Concepción también resulta ser un espacio marcado por una diversidad de universidades que le otorgan ese componente de investigación y creación que la llevan a situarse como una de las ciudades preferentes de los estudiantes para realizar sus estudios universitarios. De hecho, según el Anuario Estadístico del Consejo de Rectores del año 2015, un 16,19% de la matrícula a nivel país se concentró en la ciudad penquista, siendo, de esta manera, tras la región Metropolitana, la segunda ciudad en concentrar el mayor número de estudiantes.

Considerando este alto porcentaje y las características propias de las diversas casas de estudios, tanto las que nacieron en la ciudad como también de las sedes de universidades capitalinas, ya sean tradicionales como privadas, Concepción se levanta como uno de los núcleos urbanos que mayor oferta universitaria ofrece al país. De allí entonces que ese sello y carácter universitario identifique a una ciudad que se ha desarrollado con una pertenencia universitaria por excelencia.

Este hito urbano que conjuga una combinación entre el patrimonio cultural y académico, nos entrega una arista de ciudad universitaria que podemos clasificarla desde distintas perspectivas. Una de ellas, sin lugar a dudas, es ese componente histórico; influenciado por hitos que han marcado la historia de nuestro país, con universidades que no sólo han liderado el proceso de capital humano avanzado, sino que también han sido parte de la historia reciente de Chile. Por otro lado, Concepción concentra dos de las universidad más longevas y con tradición de nuestro país, como es la Universidad de Concepción y la inicial Universidad Técnica del Estado, ahora demoninada Universidad del Bío Bío. De igual forma la presencia de una universidad católica ha otorgado un sello distintivo a la amplitud de casas de estudios superiores.

Definitivamente, las universidades se transforman en parte de la vida cotidiana de los penquistas como un actor más. De allí entonces, que en las siguientes líneas describamos las tres universidades que han marcado la historia de Concepción como ciudad universitaria, característica central del desarrollo, crecimiento y modernidad de la ciudad capital del Bío Bío.

Sin lugar a dudas, desde que fue fundada un 14 de mayo de 1919, la Universidad de Concepción comenzó a transformarse rápidamente en la principal impulsora de las actividades científicas y artísticas del gran Concepción de inicios del siglo XX; siendo asimismo, una alternativa distinta a las casas de estudios superiores existentes en aquella época, como la Universidad de Chile o la Pontificia Universidad Católica. De mano de sus fundadores y precursores Virginio Gómez González y Augusto Rivera Parga, entre otros, se estableció como una universidad privada y laica, un hecho nada extraño ya que éstos formaban parte de la masonería de Concepción siendo, por lo tanto, activos promotores del laicismo y los valores republicanos.

Los esfuerzos por abrir un plantel de educación superior en Concepción debió, desde sus inicios, esquivar una serie de vicisitudes y apremios económicos. Su primer rector, Enrique Molina Garmendia, no ocultó las dificultades que debían sortear para realizar su trabajo: «El profesor de química señor Salvador Gálvez no disponía de otros aparatos para hacer los experimentos de ciencias que tubos vacíos de Aspirina Bayer y un pequeño anafe, que él mismo debía llevar de su casa a la clase en el bolsillo»[1], como lo expresó en su discurso al celebrarse los diez años de la Universidad.

Con el correr del tiempo comenzaría el desarrollo y posicionamiento de la universidad, gracias a las carreras de las Escuelas de Medicina, Dental, Farmacia, Derecho y Educación, las que fueron priorizadas bajo una perspectiva pluralista como reza el emblema de la universidad: «Por el desarrollo libre del espíritu».

Inspirados en una visión urbana de lograr una «ciudad universitaria», los fundadores desarrollaron un diseño urbanístico que pretendía construir las distintas facultades y edificios universitarios en un espacio que no solo fuera abierto a la comunidad, sino que también estuviera al servicio de ésta. Inspirados en la Universidad de California Berkeley, el constructor civil Juan Villa Luco logró concretar el principal emblema arquitec-

tónico de la Universidad de Concepción: su Campanil, el cual finalizó de construir en 1943.

De esta manera, poco a poco la ciudad universitaria comenzaba a abrirse camino. En su aniversario trigésimo, una vez más, su rector Enrique Molina manifestaba el compromiso de la institución en la formación de sus estudiantes, apelando al cuidado del bienestar estudiantil como un compromiso ético. «Para eso es *Alma Mater*, madre benigna... [...]... ha de presentar a la educación física y a la existencia de casas confortables mantenidas por la universidad y que libren a los estudiantes pobres de las veces sórdidas casas de pensión que se ven condenados por ahora. En caso de enfermedad la universidad debe prestar completa ayuda a los estudiantes de escasos medios».[2] Los estudios universitarios, por lo tanto, se planteaban para una sociedad activa, solidaria y preventiva, como una herramienta propicia para que la clase media fuese consolidándose en Chile, coadyuvando en proporcionar mejores oportunidades laborales y condiciones de vida.

Al respecto, el sueño de una ciudad universitaria de mano de la Universidad de Concepción, no sólo se concretó como un espacio educacional, sino que se ha insertado en la propia identidad del penquista, en que la Universidad es parte de su espacio físico y punto de encuentro para, no sólo aquellas actividades propias de los que forman parte de ella, sino que también de toda la comunidad, ya que el anhelo de esos primeros hombres que visionaron un lugar de y para la comunidad se volvió realidad. De hecho, este año 2017 el Consejo de Monumentos Nacionales (CMN) declaró a esta universidad, Monumento Nacional en la categoría de Monumento Histórico.

En el presente, la universidad cuenta con 29 programas de doctorado, 65 de magíster y 54 diplomados distribuidos en los distintos campus de las ciudades de Concepción, Chillán y Los Ángeles. A través de sus 20 facultades, la Universidad de Concepción ha contribuido a un desarrollo de capital humano avanzado que ha potenciado el desarrollo de profesionales e investigadores trascendiendo no sólo la frontera regional sino que también las del país. Actualmente, es parte del Consejo de Rectores de

Universidades Chilenas (CRUCH) y de la Agrupación de Universidades Regionales de Chile (AUR).[3]

Corría la segunda mitad del siglo XIX en Santiago de Chile, y el Estado estaba consolidando su institucionalidad gracias a los proyectos políticos oligarcas que se entrelazaron en la construcción del Chile que daba sus primeros pasos al republicanismo. El presidente de la República Manuel Bulnes, consciente de los desafíos que debía sortear el país, decidió fundar en el año 1849 la Escuela de Artes y Oficios, entidad destinada a la preparación de obreros y artesanos calificados para enfrentar los desafíos que inquiría la economía chilena. De esta manera, no sólo se creó una institución académica para la formación técnica de excelencia, sino que la motivación incluyó el poder abrir nuevas escuelas industriales en todo el territorio nacional.

Concepción, Valdivia y Temuco serían las nuevas comunas en las que la futura Universidad Técnica del Estado –nombre con el que será conocida, tras desarrollo de la Ingeniería y la Pedagogía– expandiría sus funciones en regiones, permitiendo cumplir con la demanda de profesionales y técnicos que se necesitaban. Las sedes regionales de la Universidad Técnica del Estado vendrían a dar origen a significativas casas de estudios superiores que se mantendrán hasta el día de hoy.

Adentrado el siglo XX y luego de las transformaciones ocasionadas por la crisis económica de 1929, el Estado determinó reorientar la economía a un modelo de «desarrollo hacia adentro», fortaleciéndose de esta manera, mejoras en el desarrollo y formación de obreros idóneos para laborar en el inminente proceso de industrialización en Chile. Las enseñanzas técnica y profesional serían los nuevos horizontes que la tradicional Escuela de Artes y Oficios debía emprender.

Desde Santiago, con el Decreto de Ley N° 1.831, mandatado por el presidente de la República Gabriel González Videla, la antigua Escuela de Artes y Oficios queda reorganizada en la Universidad Técnica del Estado, la que dependerá directamente del Ministerio de Educación. Los propósi-

tos de este nuevo proyecto de educación superior tendrán por objetivo: «... transformar la economía nacional creando un nuevo sentido de orientación económica que permitiera el aprovechamiento total de los recursos del país».[4] Frente a tal desafío, esta Universidad Técnica experimentará un crecimiento progresivo que se consolidará en la década de 1960 en Concepción, especialmente de la mano de la carrera de arquitectura que es una de las con mayor tradición y prestigio en la zona.

Pero no sólo el eje estará centrado en la economía, sino también en el poder lograr vínculos con otras instituciones de educación superior, mediante la firma de convenios y una reforma universitaria.[5] Estos procesos se vieron fortalecidos gracias al incremento en la matrícula de estudiantes que la institución experimentó, continuando, de esta manera, con el prestigioso legado de la antigua Escuela de Artes y Oficios, que durante las primeras décadas del siglo XX fue considerada como una de las más importantes a nivel latinoamericano.

Así, para las décadas de los años 60 y 70 la Universidad Técnica se transformó en un importante centro de formación que aportó al crecimiento económico de la región. Muchos de sus egresados comenzaron a laborar en empresas como la siderúrgica Compañía de Aceros del Pacífico (CAP) y la refinería de la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), entre otras. Los esfuerzos del fallecido presidente de la República Pedro Aguirre Cerda, con la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) habrían legado para la ciudad de Concepción un impulso modernizador y reactivador de la economía nacional, que se vio coronado con la consolidación de la educación superior y técnica para el Bío-Bío.

El proceso de formación total de la nueva Universidad del Bío-Bío, verá la luz con la Ley 18.744, publicada en septiembre de 1988. En ella queda expresado el objetivo central de ésta en su artículo I: «Créase la Universidad del Bío-Bío, institución de educación superior del Estado, como organismo autónomo, con personalidad jurídica y patrimonios propios».[6]

La nueva ley dictaminada por el entonces gobierno militar, plasmó la necesidad de integrar planteles académicos a otras universidades ya existentes. Frente esta disposición, la Universidad del Bío-Bío incorporó al Instituto Profesional de Chillán (IPROCH), institución que previamente se había originado de la ex «sede Ñuble» de la Universidad de Chile.

Del legado de las primeras escuelas industriales hasta la conformación de las nuevas universidades autónomas regionales, se heredó para la Universidad del Bío-Bío su tradición estatal, en cuyas bases fundamentales se vinculaba la necesidad de acompañar el desarrollo económico del país. La nueva Universidad del Bío-Bío se constituyó, por lo tanto, en el corolario de toda una tradición educacional superior y estatal, acompañada por una economía chilena que requería perpetrar sus procesos de industrialización.

En la actualidad, la Universidad del Bío-Bío ha expandido sus campos académicos y de investigación, abarcando las áreas de la salud, educación, ciencias sociales y humanidades, entre otros. Asimismo, ha ampliado su oferta de pre y postgrado con 14 programas de Magíster y 4 doctorados contribuyendo al desarrollo regional y nacional en la formación de capital humano avanzado. De esta manera, la Universidad cuenta con 6 facultades distribuidas en los campus de Chillán y Concepción, destacándose en esta última ciudad, la ya mencionada Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño; la Facultad de Ciencias y Facultad de Ingeniería. Por su parte, en Chillán se albergan las Facultades de Educación y Humanidades, Ciencias de la Salud y de los Alimentos.

En el presente, la Universidad del Bío-Bío es la única institución académica de carácter estatal existente en la región, siendo depositaria de una tradición formativa de profesionales que ha potenciado el valor cultural de Concepción como una provincia de tradición universitaria. Pertenece al Consorcio de Universidades Estatales Chilenas (UE), Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas (CRUCH) y a la Agrupación de Universidades Regionales de Chile (AUR).[7]

La última de las tres instituciones con tradición universitaria en la región del Bio Bío, adscrita al Consejo de Rectores de Universidades Chilenas (CRUCH, correspondientes a las universidades existentes antes del año 1981), es la Universidad Católica de la Santísima Concepción (UCSC). Esta institución nació el 10 de julio del año 1991 por decreto del Arzobispado de Concepción. Surgió como remanente de la Sede Regional de la Pontificia Universidad Católica de Chile (que existía mucho antes de 1981), la que fue cedida a la Arquidiócesis de Concepción.

Pese a que el proyecto de la UCSC es contemporáneo, Concepción previamente habría procurado establecer una universidad adscrita a la iglesia siglos antes. En el transcurso del período colonial de los penquistas —específicamente, en el siglo XVIII— surgió la «Pontificia Universidad Pencopolitana de la Concepción», o simplemente «Universidad Pencopolitana», proyecto que sin embargo, no perduraría en el tiempo; la Universidad Pencopolitana funcionó entre los años 1724 y 1767, se estableció en el antiguo Obispado de Concepción y estaba a cargo de la Compañía de Jesús. A raíz de la expulsión de los Jesuitas de Chile en 1767, la Universidad Pencopolitana cerró sus puertas para siempre, lo cual ocasionó que la existencia de una universidad católica en la provincia debió postergarse por casi dos siglos.

Entre los antecedentes más elementales de la UCSC se encuentra la formación moral de sus estudiantes, aspecto que en palabras de uno de sus principales gestores, Monseñor Antonio Moreno Casamitjana, se reconoce como un eje fundamental: «...no puede descuidar la formación intelectual y moral de sus estudiantes en relación a los graves problemas que necesariamente influyen en la cultura de una nación».[8] La moral católica constituye entonces uno de los sellos que distinguen a la UCSC de las dos universidades tradicionales de Concepción. Pese a estar ligada en su origen a la ex sede regional de la Pontificia Universidad Católica de Chile, la UCSC habría surgido desde las motivaciones de penquistas católicos y autoridades locales de la Iglesia, cuyo interés por contar con una uni-

versidad católica en la ciudad era un anhelo que se socializaba desde la década de 1960.

La tradición de las universidades católicas se remonta, según Pablo Uribe Ulloa, a las usanzas «pre-universitarias», vinculadas a la sociabilidad del conocimiento en los conventos y catedrales. Al respecto, señala: «...somos hijos del *"studium generale"* vinculado al convento o a la catedral, lo que en adelante dará paso a la institución universitaria».[9] Frente a esta herencia histórica, la Iglesia y la Universidad se han entrelazado en un vínculo por formar al hombre en su dimensión moral y en los saberes culturales; esta vinculación histórica permite explicar que la Universidad, en consecuencia, quedó adscrita a la diócesis de la Santísima Concepción estableciendo la figura del «Gran Canciller» como representante de la Iglesia ante la Universidad.

La UCSC es una institución de educación superior de carácter privada, financiada en parte por aportes estatales y con autonomía. Pertenece al grupo de universidades públicas no estatales adscritas al G9 y al Capítulo Chileno de Universidades Católicas. En el plano internacional, la Universidad Católica de la Santísima Concepción se encuentra adscrita a la Organización de Universidades Católicas de América Latina y el Caribe (ODUCAL).

Dentro de la región, la UCSC a través de su Instituto Tecnológico está presente en las comunas de Chillán, Los Ángeles, Talcahuano y Cañete. En la ciudad de Concepción, la universidad posee los campus San Andrés y Santo Domingo. Actualmente cuenta con nueve reparticiones académicas correspondientes a sus facultades e institutos, de los que han egresado más de doce mil titulados. Su aporte a la formación del capital humano avanzado se ha materializado también a través de estudios de postgrado, contando con tres programas de doctorado y 23 de magíster, más postítulos y especialidades médicas.[10]

Decreto de Ley N° 1.831, *Diario Oficial,* 9 de abril de 1947.

García, Alfredo (eds.), *25 Años de una memoria que se proyecta Universidad Católica de la Santísima Concepción,* Concepción, Universidad Católica de la Santísima Concepción, 2016.

Jiménez, Fernando, *Universidad Católica de la Santísima Concepción,* Concepción, Universidad Católica de la Santísima Concepción, 2005.

Ley 18.744, Creación, integración y autorización de universidades que se indica», 29-09-1988.

Molina, Enrique, *Doce discursos universitarios,* Concepción, Universidad de Concepción, 2009.

Muñoz, Juan; Norambuna, Carmen; Ortega, Luis; Pérez, Roberto; *La Universidad de Santiago de Chile sobre sus orígenes y su desarrollo histórico,* Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 1987.

Serrano, Sol; Ponce de León, Macarena; Rengifo, Macarena; (eds.), *Historia de la Educación en Chile (1820-2010) tomo II La educación nacional* (1880-1930), Santiago, Taurus, 2012.

Universidad de Concepción: www.udec.cl

Universidad del Bío-Bío: www.ubiobio.cl

Universidad Católica de la Santísima Concepción: www.ucsc.cl

Reflexionar sobre la región del Biobío y su aporte a la política y al desarrollo nacional es valorar el papel de sus hombres y mujeres en la construcción de Chile como nación políticamente organizada a partir del proceso independentista a inicios del siglo XIX y con proyección actual. Concepción, como capital regional, simboliza la pujanza y el dinamismo de los hijos de la antigua frontera que desde la época colonial sembraron la semilla de una sociedad con una clara identidad regional.

El carácter de «tierra de guerra» y capital militar de Chile durante los largos años de la Guerra de Arauco, determinó un rol político que se materializó en la instalación en Concepción de la primera Real Audiencia (1567) y como centro efectivo del Gobierno del Reino de Chile. En ella residieron muchos de los gobernadores coloniales, destacando el caso de Alonso de Ribera, creador del primer ejército regular y permanente de Chile a inicios del siglo XVII. El objetivo fue consolidar la presencia del orden monárquico hispano al norte del Biobío y resguardar la frontera hispano-mapuche mediante un avance territorial gradual en la zona fronteriza, a través de la fundación de fuertes militares. Posteriormente y, por iniciativa del sacerdote jesuita Luis de Valdivia, se implementó la llamada «guerra defensiva» (1612-1626) que buscó la evangelización pacífica del pueblo mapuche mediante misioneros jesuitas. Posteriormente, a fines del siglo XVII y durante todo el siglo XVIII, las riberas del Biobío se transformaron en testigo del «sistema de parlamentos» hispano-mapuche que permitió la estabilidad de la región fronteriza.

Junto a su carácter militar, la frontera del Biobío fue refugio de las principales órdenes religiosas que buscaron extender la evangelización y la educación, destacando la fundación, en la ciudad de Concepción, de la Universidad Pencopolitana en 1724, inaugurando de esa manera la larga tradición educacional de la región que se proyectó en el siglo XIX con la creación de importantes instituciones educacionales bajo el amparo del Estado chileno y, a inicios del siglo XX, con la fundación de la Universidad de Concepción gracias a la iniciativa de la sociedad civil regional.

Una de las principales herencias político-administrativas del orden monárquico chileno en la etapa republicana, fue la creación del sistema de Intendencias en el contexto de las reformas borbónicas a fines del siglo XVIII. En el caso de la Intendencia de Concepción —cuyo primer inten-

dente fue Ambrosio O'Higgins— se extendió geográficamente al sur del Maule (con excepción de Valdivia y Chiloé dependientes del virreinato del Perú), constituyéndose en un importante polo demográfico, mercantil y agropecuario que se consolidó a lo largo del siglo XIX con las riquezas que generó la exportación triguera y la explotación del carbón, además de un desarrollo incipiente de la industria regional (fábrica de paños de Tomé y fundiciones de cobre en Lota). Esta relevante proyección industrial y de servicios en la economía regional se consolidó en la segunda mitad del siglo XX gracias al fuerte impulso empresarial, tanto estatal como privado, que terminó dándole un sello distintivo a la región del Biobío.

Por consiguiente, el presente ensayo busca caracterizar el aporte de la región del Biobío en el desarrollo de la cultura política chilena desde el siglo XIX, sus múltiples facetas socio-económicas y sus principales protagonistas en el siglo XX.

La etapa que se inició en 1810 en la política chilena, con la conformación del primer gobierno de carácter nacional y la consiguiente lucha armada entre los bandos monárquico e independentista, tuvo como principales protagonistas a hijos de la frontera del Biobío y, a su territorio, como centro de enfrentamientos y batallas. De esta manera, ciudades como Concepción, Talcahuano y Chillán se vieron seriamente afectadas por los choques armados y el consiguiente trastorno de la vida urbana y rural que se prolongó por varios años en la etapa post-independentista.

Al mismo tiempo, la evolución de las luchas políticas en la primera etapa de la llamada Patria Vieja (1810-1814), determinó que las bases de la nueva república fueran imaginadas por un «penquista por adopción»: Juan Martínez de Rozas, segundo vocal de la Primera Junta Nacional de Gobierno, líder del bando «pencón»,[1] férreo partidario del ideal independentista con un marcado sello regionalista y crítico del poder centralizador que representaba la dictadura de José Miguel Carrera.[2] Además, tras el

triunfo de las armas patriotas en Chacabuco (1817) y Maipú (1818), el proyecto político independentista se materializó gracias al destacado papel de otro hombre del Biobío, un chillanejo: Bernardo O'Higgins Riquelme. No resulta por tanto exagerado decir que el protagonismo político de la Intendencia de Concepción y de sus líderes constituyó uno de los principales factores de la consolidación del nuevo orden republicano liberal.[3]

En la tarea fundacional de una nueva república que llevó adelante Bernardo O'Higgins, éste planteó dos grandes objetivos: consolidar la independencia nacional y transformar las bases socio-culturales de la sociedad chilena que se caracterizaban por el predominio del orden colonial hispánico tradicional. El primero de dichos objetivos se materializó con la proclamación de la independencia de Chile el 1 de enero de 1818 en la Plaza de Armas de Concepción y la posterior redacción y firma del Acta de la Independencia en Talca, fruto de la pluma de otro destacado penquista y ministro de O'Higgins: Miguel Zañartu Santa María. La segunda tarea fue fortalecer las virtudes cívicas de los nuevos ciudadanos chilenos mediante una acción gubernativa que se orientó a dictar las primeras garantías constitucionales en el campo educacional (Constitución de 1818 y 1822), extendiendo el «derecho a la educación» e instruyendo a la juventud chilena «en los deberes del hombre en sociedad».[4] En definitiva, en una época marcada por el enorme desafío para Chile en la consolidación de la libertad política y la instauración de un nuevo sistema de carácter republicano, la labor gubernamental del «Padre de la Patria» no olvidó uno de los pilares fundamentales en la construcción del estado nacional: la educación de los nuevos ciudadanos bajo los principios de la libertad y la democracia social. Este debe ser uno de los principales legados que debemos recordar y valorar al momento de evaluar el rol histórico de O'Higgins como «hijo del Biobío».[5]

El carácter de la cultura política chilena de la primera mitad del siglo XIX estuvo estrechamente unido al papel de los militares penquistas que lideraron la organización del Estado: los generales Ramón Freire, José Joa-

quín Prieto Vial y Manuel Bulnes Prieto. Tras la abdicación de O´Higgins en 1823 y hasta el triunfo del bando pelucón en la guerra civil de 1829, el sistema político chileno estuvo marcado por la inestabilidad política, el florecimiento de las ideas liberales y de nuevos espacios de sociabilidad política.[6] En palabras del historiador Crescente Errázuriz «por muchos años la sociedad política de Santiago hizo leyes y administró el país bajo el tranquilo amparo de la espada de Penco». Necesariamente este predominio militar generó tensiones entre la sociedad «civil» de Santiago y la «castrense» de Concepción, lo que reflejó la pugna por la influencia y el control en el aparato político-burocrático del Estado chileno.[7]

Un testimonio esclarecedor al respecto fue el del poderoso ministro del presidente José Joaquín Prieto, Diego Portales Palazuelos —para muchos el organizador de la república— el cual rechazaba la influencia militar pencona en la política nacional. Su opinión la expresó durante la organización de las guardias cívicas en Santiago: «que vengan ahora los pencones con sus lanzas...».[8] Con ello el Ministro aludió al reconocimiento y temor que existía en el centro del país por el carácter de los militares de la provincia de Concepción pero, a la vez, a su objetivo político de neutralizar dicha influencia mediante la instauración de un régimen político centralizador y autoritario bajo la influencia del «peso de la noche» del orden neocolonial.[9]

Las presidencias conservadoras de José Joaquín Prieto y Manuel Bulnes (1831-1851), hijos ilustres del Biobío, cerraron el ciclo de los militares pencones en el poder del Estado permitiendo la instauración del predominio civil en la figura de Manuel Montt Torres. Su elección a la presidencia y la consiguiente guerra civil de 1851 que enfrentó a las provincias de Concepción y Coquimbo contra el centralismo santiaguino, se debe contemplar como el último intento de Concepción y su región de mantener la tradi-

ción de que el jefe de Estado debía ser militar y penquista.[10] La candidatura del general penquista José María de la Cruz Prieto, comandante en Jefe del Ejército del Sur e intendente provincial, aglutinó a los descontentos con el candidato oficial y a los críticos del sistema autoritario centralista. Finalmente, en la batalla de Loncomilla del 8 de diciembre de 1851, las tropas del caudillo del sur fueron derrotadas por las encabezadas por su primo, el general, y ex presidente de la república, Manuel Bulnes Prieto. Este acontecimiento puso término a la influencia política de la provincia de Concepción en el país y consolidó el centralismo de la clase política santiaguina.[11]

La segunda mitad del siglo XIX significó para la antigua provincia de Concepción su consolidación como polo de desarrollo agrícola e industrial (industria del carbón en Lota y Coronel y de manufactura textil en Tomé).[12] Al mismo tiempo, el fortalecimiento de la sociedad civil regional se desarrolló bajo la fuerte pugna doctrinaria entre los principios liberales y los del mundo conservador-católico que representó con pasión admirable el obispo de Concepción, Monseñor José Hipólito Salas.[13] Su protagonismo eclesiástico y político se hizo notorio a raíz del incidente que se generó en 1872 por su negativa para autorizar el entierro del coronel penquista Manuel Zañartu Opazo en el cementerio de la ciudad a raíz que el militar héroe de la independencia, había muerto en público concubinato y, por ello, no podía ser enterrado en suelo sagrado. La polémica decisión y el accionar del Intendente de la época que autorizó la inhumación en el cementerio penquista, provocó un intenso debate nacional y se constituyó en uno de los principales antecedentes de las futuras leyes laicas que dictó el gobierno de Domingo Santa María en 1883-84.[14]

En esta etapa destacaron como importantes figuras de la política regional y nacional, Víctor Lamas Miranda, Ricardo Claro Cruz, Carlos y Juan Castellón Larenas, Miguel Ignacio Collao, Edmundo Larenas, entre otros.

Varios de ellos representaron a las provincias de la región del Biobío en el Congreso Nacional en calidad de senadores y diputados, asumieron cargos ministeriales y, a la vez, se transformaron en fuertes impulsores de la actividad empresarial, comercial e intelectual en la sociedad regional.[15] El fuerte impulso que adquirió la llamada «Metrópolis del Sur» quedó en evidencia en el testimonio que nos dejó el destacado intelectual colombiano José María Samper, de visita en la región en el año 1885: «en ella abundan hermosos almacenes y tiendas, y hay espaciosos y bien surtidos hoteles y restaurantes, es un centro mercantil de primer orden, a donde afluyen las exportaciones e importaciones que sirven a muchas provincias de centro y sur de Chile, del propio modo es un centro político, literario y social muy importante. Ejerce notoria influencia sobre muchas provincias; tiene una Corte de Apelaciones muy respetable, un gran Liceo provincial en el que se dan muy variadas enseñanzas, una Silla episcopal que goza de considerable autoridad y diarios bien servidos cuya publicidad da realce a las letras, al foro y a los intereses económicos».[16]

El siglo XIX concluirá con dos importantes y dramáticos eventos de carácter nacional con una participación activa de los hijos del Biobío y con profundas consecuencias para la sociedad chilena. Nos referimos a la Guerra del Pacífico (1879-1883) y la Guerra Civil de 1891. En el conflicto que enfrentó a Chile contra la alianza Perú-boliviana a partir de 1879, los habitantes de las distintas ciudades, pueblos y sectores rurales de la región, tuvieron una destacada participación ya sea engrosando las filas de los distintos batallones y regimientos destinados al frente de batalla, como en el frente interno a través de la organización (especialmente por parte de las mujeres de la región) de múltiples actividades de apoyo a la causa nacional.[17] En contraposición, el desarrollo de la Guerra Civil de 1891 se caracterizó por una inusitada violencia política entre los partidarios de la causa balmacedista y congresista, lo cual generó profundas divisiones y heridas en la sociedad chilena y regional. En definitiva, en estos dos relevantes conflictos armados se expresó lo mejor y lo peor del carácter

nacional: espíritu patriótico y sacrificio por una causa superior en los campos de batalla en la frontera norte; odiosidades y venganza entre los habitantes de la región en la última guerra civil del siglo XIX.

El inicio del siglo XX para la región del Biobío y su comunidad socio-política estuvo marcado profundamente por los complejos fenómenos asociados a la «cuestión social» que se materializaron dramáticamente en la actividad carbonífera y las paupérrimas condiciones sociales y laborales que afectaban al mundo obrero de las ciudades de Lota, Coronel y Curanilahue. Paralelamente, en el mundo rural y semi-rural de la región predominaba el «caciquismo» en la política, lo que limitaba la participación ciudadana y el deseo mayoritario por alcanzar mejores niveles de vida en el campo laboral y educacional. Los defectos del llamado régimen «parlamentarista a la chilena» que se impuso a partir de 1891 acumularon un descontento que se expresó políticamente en la década de los años 20 en el fenómeno «populista alessandrista» y la irrupción de los militares en la política a partir de 1924 con la figura del coronel Carlos Ibáñez del Campo.[18] La sociedad regional expresó activamente una movilización política y social frente a los proyectos políticos que reflejaban las luchas ideológicas presentes en las organizaciones obreras y sindicales como fue el caso de la industria carbonífera.[19] La crisis económica mundial de 1929, sumada a la crisis de la industria salitrera causada por el descubrimiento del salitre artificial y sus catastróficos efectos en la economía nacional, dieron como resultado el fenómeno de la emigración campo-ciudad que afectó con fuerza a la región y a los centros urbanos en la zona costera. La implementación por parte del Estado a partir de la década de los años 40 de una estrategia de desarrollo «sustitutiva de importaciones» con el fin de fortalecer la industria nacional, originó con el tiempo un polo de desarrollo industrial en la región del Biobío. En esta labor destacó la gestión política del presidente radical Juan Antonio Ríos, oriundo de Cañete, el cual profundizó el proyecto de fomentar la industria nacional a partir del rol fundamental de la CORFO.[20]

El ascenso de la mesocracia y la ampliación de la sociedad civil por medio de una mayor y gradual participación política y una maduración cultural, tuvo como símbolo la fundación de la primera universidad regional en Chile, la Universidad de Concepción, en 1919. En su seno intelectual se formaron muchos de los líderes sociales y políticos del más amplio espectro y que cumplieron un rol dinamizador de la sociedad regional. En este sentido cabe destacar el papel de la primera mujer chilena que ocupó el cargo de Intendente y diputada de la república, Inés Enríquez Frodden (integrante de una destacada familia de intelectuales y políticos regionales) y la primera mujer alcalde de la ciudad de Concepción, Ester Roa Rebolledo. Ambas desde sus responsabilidades políticas y edilicias se transformaron en modelos de compromiso ciudadano y vanguardia del rol político de la mujer en la región y el país.[21]

El acelerado crecimiento del mundo urbano en las principales urbes regionales, el despertar ideológico en la sociedad chilena a inicios de los años 60, la formulación de proyectos políticos que Góngora llamó «planificaciones globales»,[22] las desigualdades sociales y económicas y la creciente polarización de la sociedad chilena, produjo en la política regional efectos negativos que se expresaron en el nacimiento de movimientos políticos radicales de inspiración revolucionaria y marxista como fue el caso del Movimiento de izquierda Revolucionaria (MIR) de importante influencia en la juventud universitaria regional.[23] La profunda crisis político-institucional que generó el experimento de la Unidad Popular y su rechazo por parte de un sector socio-político mayoritario de la sociedad chilena, derivó en la instauración del régimen militar encabezado por el general Augusto Pinochet, lo que significó para la sociedad política regional escenarios complejos y dramáticos en virtud de las divisiones políticas y sociales acumuladas desde mediados de los años 60.

La profunda transformación económica y social que llevó a cabo el Gobierno de las FF.AA. y de Orden, tuvo su expresión en el ámbito regional en el desarrollo de las capacidades del mundo empresarial y comercial que se materializó en nuevas actividades del ámbito forestal, pesquero

y agroindustrial junto con un reordenamiento de la base productiva. Al mismo tiempo, con el proyecto descentralizador diseñado por el régimen militar se buscó dar mayores facultades político-administrativas a las nuevas regiones, un mayor progreso económico y una gradual autonomía y participación ciudadana a nivel de los gobiernos regionales y locales. Estos objetivos que se proyectaron en las políticas estatales de los gobiernos concertacionistas a partir de los años noventa, han resultado insuficientes y no han evitado la acentuación en las últimas décadas del centralismo santiaguino y la toma de decisiones por parte de las cúpulas de poder de la capital.

Con la transición política y el retorno del sistema democrático partidario, la región del Biobío vio nacer nuevos liderazgos en la política con sello regional y proyección nacional que deben servir a los intereses de los ciudadanos y sus legítimas demandas, evitando el resurgimiento de nuevos caciquismos que distorsionan y manipulan la voluntad popular y limiten las libertades individuales. Los últimos desafíos de la naturaleza como el gran terremoto de 2010 y los complejos escenarios del Chile del Bicentenario deben transformarse en un impulso para fortalecer la identidad y el espíritu regionalista que permita a los "hijos del Biobío" proyectar el rico legado de la historia de los que habitamos esta tierra de frontera y superar una de las mayores iniquidades de la realidad chilena: el centralismo político y la negación de la diversidad regional.

Astorquiza, Octavio, *Lota, Antecedentes históricos,* Concepción, Sociedad Imprenta y Litografía Concepción, 1929.

Campos Harriet, Fernando, *Historia de Concepción,* Santiago, Editorial Universitaria, 1989.

Cartes, Armando, *Concepción contra "Chile". Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1808-1811),* Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2010.

Casanueva, Fernando, *Prensa y periodismo en Concepción, 1833-2000,* Concepción, Escuela de Periodismo, Universidad Católica de la Santísima Concepción, 2002.

Collier, Simon, I*deas y política de la Independencia chilena, 1808-1833,* Santiago, editorial Andrés Bello, 1977.

Collier, Simon y Sater, William, *Historia de Chile, 1808-1994,* Madrid, Editorial Cambridge, 1998.

Collier, Simon, *La construcción de la República, 1830-1865. Política e ideas,* Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005.

Feliu Cruz, Guillermo, *El pensamiento político de O´Higgins. Estudio histórico,* Santiago, imprenta Universitaria, 1955.

Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX,* Santiago, Editores La Ciudad, 1981.

Heise, Julio, *Años de formación y aprendizaje políticos, 1810-1833,* Santiago, Editorial Universitaria, 1978.

Jocelyn-Holt, Alfredo, *El peso de la Noche. Nuestra frágil fortaleza histórica,* Santiago, Editorial Planeta, 1998.

Louvel, René, *Crónicas y semblanzas de Concepción,* Concepción, Sociedad e Impresora Renacimiento, 1988.

Medina, Andrés, *Mons. José Hipólito Salas,* Concepción, Universidad Católica de la Santísima Concepción, 1997.

Pacheco, Arnoldo, *Economía y sociedad de Concepción,* Concepción, Universidad de Concepción, 2003.

Rubilar, Mauricio y Vidal, Claudia, «La obra educacional del Libertador O'Higgins», *Revista Libertador O'Higgins,* N° 12, año XII, 1995, pp. 183-210.

Rubilar, Mauricio, «La región del Biobío y su protagonismo político» *Revista Mirada,* N°9, 2012, pp. 7-9.

Rubilar, Mauricio, «Prensa e imaginario nacional: la misión social de los actores subalternos regionales durante la Guerra del Pacífico», *Diálogo Andino,* N°48, 2015, pp. 44-45.

San Francisco, Alejandro (Coord.), *Historia de Chile, 1960-2010,* Tomo I, Santiago, Universidad San Sebastián, 2016.

Vial, Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973)*, T. IV, Santiago, Editorial Fundación, 1993.

fpp

fundación para el progreso

www.facebook.com/FundaciónParaElProgreso

@fppchile

@fppchile

www.youtube.com/user/FPProgreso

La Concepción 191, Piso 10, Providencia, Santiago (♦♦♦ Metro Pedro de Valdivia)
Calle Prat 887, Piso 5, Edificio Reloj Turri, Valparaíso
Tucapel 564, Piso 10, Oficina 101, Concepción
(+56) 22 387 3500 | (+56) 32 275 8035 | contacto@fppchile.org
www.fppchile.org